
POESIA



INFLEXION I

por Carlos Porrugas

El signo es una gota
que brota en el lenguaje
de mi cuarto,
va llegando a mi mente,
transita entre nosotros,
tiende su obstinación
comienza a deletreamos.

La memoria exterior que nos rodea,
esta noción absorta de paredes
donde retorno en sombra
a cada instante,
donde me vuelvo gota del espacio,
del principio del fin
de cada forma
nacida de pensarnos,
—Donde a flor los sentidos
residen exteriores—
Agua en esa vegetación
de paz que nos medita,
asidua en su ritual,
cónclave en su ramaje.

Tú, estabas donde siempre
tejiendo una raíz
a las palabras.

Tus piernas:
Como un puente fantástico
revertidas de historias
 y de magia,
de entretejidas reflexiones,
sugiriendo el silencio
 del estarnos
al fluir de latidos
 convocados.

Y mi pared:
El donde transmutado
de mi gotear orgánico,
mi cuerpo disgregado
 en sensaciones,
íntimo tutelaje de fantasmas
 y noches infinitas,
vertiendo el singular asilo
 a cada sombra
para escaparme,
alejarme de mi
 desde una frase
y recorrer enjambres primordiales,
 (ir rompiéndome)
recuperar, tal vez.
Privilegios,
realidades por zonas
 de tu alma.
Y otra vez segmentado
 gota a gota,
caer desde mi cuarto,
despertar al lenguaje,
 desvirtuarlo conmigo,
 “LIQUIDARLO”
voz que pienso pensarla.
Enlazados sonidos
 del sentido utilizado,
terrible no vivirme
 si me pienso,
intimidad de voces
 que me llaman,
presentimientos,
necesidades,
y algo más que palabras
comienza a deletrearnos.

Este es el abismo
donde calla el espíritu
y se esconden los hilos

tejidos otra veces
por mis manos.

Puedo decir pasado
tanto como Universo
sistema
o estallido.

Pero el poema
va llegando a su fin,
va consumiéndose,
y la aventura de ser
Gota a pared
jadeante al engendrarnos,
son ya por sí
por tí
y sin mí
Tiempo y espacio.

INFLEXION 2

Lloras.
Sobre la frágil ventana
que inventó mi intimidad: cuando era necesario
Quién ERES. . .?
Mientras inevitablemente lloro al pie de tus pupilas
me acosas de tu luz
que sirve a mi nostalgia como algo presentido
para jugar conmigo a callártelo todo.
Imaginamos que vivimos,
Y cada generación que conocemos
con todos sus colores
suena a destierro,
a precipitada sinfonía de sendas olvidadas
que no concuerdan con nosotros
y se nos caen de timidez
Evitar los sueños, infantiles y deseados
y esta frágil ventana sin final
en que asomamos los sentidos
para vernos desnudos hasta el cielo
dispuestos a violar nuestros caprichos.
Nos deja caer hasta el espíritu
la pequeña claridad que nos rodea.
No podremos salir vivos desde el cuerpo
si no recomendamos en suspiros
si no somos ajenos entre todos,

si no le damos potestad a cada vuêlo.
Como dejar que un salmo no cantado
TEJEN RED DE SU TAMAÑO ADECUADO
su enorme vista destinada
 a la meditación perpetua
—si no somos aéreos—.

Asomáte otra vez hasta los párpados de mi voz
Está la sangre intacta palpitando.
Más viva y más alta que la muerte
despejada a la arteria principal de cada frase.
Te digo con premeditada disciplina en la memoria
que podemos escoger vivir de prisa
o bebernos sorbo a sorbo cada muerte suntuaria
mientras cantamos tres voces
 el adagio del destino
Y buscamos el cántaro más viejo
 del abismo en el tiempo
para hacerlo nuestro amigo,
rescatarlo del miedo en su lenguaje
traémoslo completo, extraño, gris,
sumariamente enloquecido, roto y ciego
para estudiarlo, juzgarlo, exhibirlo.

Porque uno,
uno puede pensar y salir a decírselo a cualquiera,
Gritar,
Y enjugarse entre dos toros
esas voces terribles para mostrarlas al mundo
Unir los sueños a la imaginación de cada piedra,
exponer algunos datos con vehemencia
y esperar que nos crean, que amen nuestro cuerpo.

Inventarnos pedazos. de aquel día
torres, edificios, consumaciones,
evidencias grabadas en cada cosa.
Hasta en los hombres
que quedaron callados de antemano
sumados a la letra total de aquella vida,
—DESTERRADOS—
o memoria, o idea, o febril emoción acorralada
ceñida a la exclamación
 que vamos perpetrando.
Uno puede hacer todo eso y más,
nos da por escribir
y comenzamos. . .
flotan algunas líneas todavía
entre los testimonios, prefijos, despedidas,
podemos acomodarlo todo
 al pie de la ventana,

la lengua, la razón,
 las miradas que nos pisan,
la eternidad que pasa rodeada de gemidos,
 delirios y crepúsculos lejanos,
(latente lividez cuneiforme y específica)
para perdonar a los poetas
 —sólo a los poetas—
estatuas o sombras que nos besan a diario
entre pétalos quebrados.

Tu y Yo,
que no pretendemos entenderlo
sumamos el temblor al alma,
nos ponemos una escafandra,
nos sumergimos,
y con un pequeñísimo rodeo
evadimos la ventana unánime
 —la laguna del índice indomable—
la frágil, levísima claridad estará intacta
incrustándose un poco
en el silencio que nunca hemos buscado,
las calles, el tiempo,
 nuestros pasos seguidos adelante,
mientras
el frío, el viento, la interperie
 pegando en nuestra espalda
estarán como tú entonces
 llorando en la ventana,
quizá. . .
Habías olvidado por mi fuera de tiempo
que pensar y salir a decírselo
 a cualquiera
—Ya no puedo—
que gritar y correr ante mi propio grito,
 detrás o enmedio
—No lo quiero—
que no me importa
mostrar los huesos de mis sueños de ausencia
—A NADIE—
ni cómo invento mi vida a cada rato
ni cómo entiendo en silencio mi silencio,
Cómo vivo de prisa ya sin vida
cómo muero tan lento ya sin muerte,
 Y contigo en mis brazos
 como si fuera poco o natural
 al conocerte apenas junto al llanto,
 desde siempre esperándote
 en mi infancia total. . .
 —Hicimos el amor en la ventana—
 con la memoria abierta
 y la luz apagada a la esperanza.